

res, de igual modo que la revolucion estaba hecha en las ideas ántes que en 89 estallara como el rayo. Lo mismo sucede con la revolucion religiosa que llamamos la religion del porvenir. La religion es una cosa íntima, la más íntima de todas; vive en la conciencia, es un diálogo entre el hombre y Dios. Á medida que los sentimientos y las ideas se modifican, el lenguaje de que el hombre se sirve para hablar á Dios cambia también. La religion se transforma insensiblemente y en secreto, por decirlo así, por más que el edificio exterior de la Iglesia permanezca en pié. Cuando todo está preparado y maduro para una revolucion, ésta se produce, al parecer, súbitamente; pero los espíritus observadores que siguen atentos la marcha de las ideas saben que ya estaba consumada en el dominio de la conciencia; los revolucionarios no hacen sino prestarle su nombre y su audacia.

Nos hallamos de lleno en uno de esos períodos de trasformacion, y todos los signos de la época anuncian que la revolucion será mucho más profunda que la del siglo XVI, más radical aún que la que inauguró Jesucristo. El protestantismo no fué sino un pequeño comienzo en la vía de la Reforma; permaneció medio católico, y aún hoy es, y le cuesta no poco trabajo romper las ligaduras que le encadenan al pasado. Y, sin embargo, esas ligaduras deben cortarse. Pero aún no basta esto, porque esto no sería más que un trabajo destructivo, y en el dominio de la religion, más aún que en el del Estado, no se puede demoler sino á condicion de reconstruir. Esta obra de reconstruccion irá más allá que el cristianismo primitivo, aunque este cristianismo sea el de Jesucristo (1).

No hablamos de las preocupaciones, de las supersticiones que Jesus heredó de su raza y de su siglo, porque el tiempo ha hecho justicia de ellas. Nadie cree ya en el mesianismo, y, por mucha candidez que se tenga, no es posible tampoco creer en el próximo fin del mundo, anunciado como inminente hace dos mil años. Lo sobrenatural se aleja á grandes pasos, y muy pronto ni siquiera los niños le darán crédito. Pero no se detendrá aquí la trasformacion del cristianismo. Jesus dijo: "Mi reino no es de este mundo;," esto valía tanto como excluir de la religion todo el orden civil y político.

(1) PARKER, de la *Fe de la Iglesia* (*Werke*, t. IV, págs. 155 y siguientes).

Y, en efecto, á pesar de la *buena nueva*, los vicios de la antigua sociedad se perpetuaron. Seis siglos despues de haber predicado Jesus la igualdad de los hombres, un emperador cristiano, en un código destinado á regir el mundo cristiano, colocó á los esclavos en la misma categoría que los caballos y los bueyes. Pues bien, hoy creemos que si la religion debe trasformar á los individuos, está llamada también, por la misma razon, á trasformar la sociedad. Hé ahí un campo inmenso abierto á la religion del porvenir, una carrera ilimitada como la del perfeccionamiento individual.

Pero aún no es todo: el ideal cristiano, aún en aquello que se refiere al individuo, debe cambiar. Sobre este punto, Parker habla como hablaría un libre pensador. No sin razon se tacharía hoy de cándido al que quisiera practicar la agricultura de la manera que la practicaban los Judíos ó los Gentes contemporáneos de Jesus. Pues nuestros sentimientos y nuestras ideas han sufrido una revolucion mucho más profunda que la de la ciencia agrícola. ¿Cómo pretender entónces que nuestro ideal de la vida siga siendo el mismo? Si hemos de juzgar por los Evangelios, Jesus desconoció el sentimiento de la familia, y sus discípulos exageraron ese defecto: nadie ignora los excesos que se han cometido en el seno de la Iglesia católica por la exaltacion de la virginidad. Este vicio del cristianismo tradicional tiene su origen en un error cuyas raíces penetran en la más remota antigüedad. La mujer no era igual al hombre; era un instrumento de placer ó de produccion. Hay quien pretende que el cristianismo reparó esta injusticia, que levantó á la mujer de esta degradacion. La verdad es que la Biblia consagra la inferioridad radical de la mujer, porque Dios la creó despues de haber creado al hombre, y, como dice Bossuet con cierto desprecio, la creó de una costilla suplementaria. En cuanto á Jesus, su nacimiento y su virginidad son una prueba contra el matrimonio, al cual fueron aún mucho más hostiles sus discípulos y los Padres de la Iglesia. ¿De dónde viene esa desigualdad nativa de la mujer? Del imperio de la fuerza, predominante en la antigüedad y hasta en el seno del cristianismo. ¿Qué nombre es el que los cristianos le dan á Dios preferentemente? Le llaman Todopoderoso, como para demostrar que es el poder lo que ellos adoran. La fuerza es, pues, la que, en la persona del hombre, oprime y desprecia la

debilidad de la mujer. Pero si la mujer es débil de cuerpo y á veces de razon, en cambio es superior al hombre por el sentimiento, por la delicadeza, por el corazón, por la abnegacion, por el sacrificio. Esto quiere decir que el hombre y la mujer se completan el uno por el otro, y que el matrimonio, más bien que la union de dos cuerpos, es la union de dos almas. Tal es el ideal de los modernos. ¿No es superior al del Cristo? (1).

El desprecio por la mujer, el poco respeto por el matrimonio y la exaltacion de la virginidad tienen también su origen en otro vicio del cristianismo. Con frecuencia hemos hablado en estos Estudios del excesivo espiritualismo del Evangelio. Los protestantes, aún los más avanzados, niegan ó eluden el debate. Parker es más franco, porque se ha desprendido completamente de las preocupaciones cristianas, y confiesa que el cristianismo reprueba el cuerpo y quisiera aniquilarlo si le fuera posible. La reaccion materialista que se opera en la época moderna, y que habla de rehabilitar la materia, es otro lamentable exceso, porque ella niega el alma y quisiera eliminarla. Preciso es convenir, con los materialistas, ó, mejor dicho, con los filósofos, en que el cuerpo es santo porque viene de Dios; pero debe considerarse como medio, no como fin. Dando satisfaccion á todas las necesidades de nuestra naturaleza es como se fundará la religion del porvenir, y se evitará el escollo del espiritualismo evangélico y la podredumbre del materialismo contemporáneo. Ahí es donde se encuentra el germen de una nueva concepcion de la vida, muy diferente del ideal cristiano y muy superior á él, porque es la expresion de la realidad de las cosas, mientras que las doctrinas contrarias desconocen uno de los dos elementos de la naturaleza humana (2).

III.

Estas amplias aspiraciones no son patrimonio exclusivo de los unitarios, sino que han penetrado ya en la conciencia general del protestantismo. Citaremos algunos testimonios. En general, los libres pensadores y los liberales no leen los escritos de los protestantes, ni sus periódicos, ni sus revistas;

(1) PARKER, de *Teísmo práctico como principio de la moral* (*Werke*, t. IV, p. 253-258).

(2) PARKER, de *Teísmo práctico como principio de la moral* (*Werke*, t. IV, p. 250-251).

pero la culpa no es únicamente de los libres pensadores, la tienen también los reformados. Á los primeros, salidos del catolicismo, no les gusta el espíritu sectario del protestantismo oficial, y tienen razon; pero ni siquiera sospechan que los protestantes modernos, ó liberales, se han desprendido completamente de esa estrechez de miras. Lo que les falta es el talento de la forma, el calor, la vida, y por eso encuentran tan pocos lectores para sus escritos y tan pocos oyentes para sus discursos. En nuestra opinion, esto depende de que no tienen creencias fijas sobre el destino humano. Como nada nuevo tienen que decir á los hombres, los hombres no los escuchan; y esa es también la razon de su sequedad y de su frialdad, tan glaciales como las desnudas paredes de sus templos. Sin embargo, hay que hacerles una justicia, y es que su punto de vista es infinitamente más amplio que el de los ortodoxos; su manera de ser y de sentir es la de los libres pensadores. Los que proceden de la filosofía son adictos á todo el pasado de la humanidad, y se complacen en los bellos pensamientos, ya los encuentren en Buddha ó en Jesucristo, en el Evangelio ó en los libros sagrados de la China. Oigamos á *El Discípulo de Jesucristo*; la revista del protestantismo habla el lenguaje de los filósofos.

Lo que extravía á los escritores cristianos y los hace injustos con la antigüedad, y con todo lo que no procede del cristianismo, es la preocupacion de la verdad absoluta, revelada por Dios á Jesucristo. Los protestantes liberales, exentos ya del orgullo de la revelacion sobrenatural, dicen que el cristianismo no se distingue de las otras religiones sino por un grado más superior de pureza, de verdad y de espiritualismo, pero que no tienen un origen esencialmente distinto. Esto sentado, no debe oponerse el cristianismo, como descendido del cielo, á las otras religiones hijas de la tierra. Todas ellas son humanas y divinas en grados diferentes, pero con el mismo título. ¿No vienen todas de Dios? ¿No conducen hácia Dios todas ellas? Todas son también humanas, porque todas han brotado del espíritu humano y son producto de la actividad humana.

No hay ninguna religion revelada, en el sentido tradicional de la palabra. Ninguna, sin exceptuar el cristianismo, es sobrenatural, ninguna bajó del cielo completamente hecha. ¿Quiere esto decir que ya no hay revelacion? Los ortodoxos lo pre-

tenden, y acusan á los liberales de romper el lazo que une el hombre á Dios. Esto no es cierto; al contrario, la revelacion toma la significacion verdadera, la que siempre debió tener, porque es la única que corresponde á la naturaleza de la verdad moral. "La revelacion, dice un pastor reformado, es la intuicion de las cosas invisibles, la vista inmediata de los hechos que pertenecen al mundo espiritual, y que escapan á todo otro medio de conocimiento; es, si se nos permite la frase, la irradiacion de Dios en el alma. La revelacion no consiste en el descubrimiento de cosas que por su naturaleza son inaccesibles al hombre; lo que ella descubre está en nosotros, sólo que nosotros no lo distinguimos. De pronto el velo se desgarró en el alma; un hombre ha podido ver claro en sí mismo, una verdad ignorada del resto del mundo se le ha revelado, y, una vez conocida, se hace muy pronto evidente para todos. Olvidase demasiado frecuentemente que el carácter de la revelacion no es el misterio, sino la evidencia. En vez de reclamar un auxilio sobrenatural, ella apela á la naturaleza humana, y pretende que todo hombre la acepte inmediatamente. Como la luz se impone á todo el que tiene vista, ella se impone á todo el que posee un alma," (1). Dios, la inmortalidad del alma, tales son las verdades que enseña la religion natural; ellas no se demuestran, se revelan, y Dios es quien realmente las comunica al hombre, no por una via sobrenatural, sino por su conciencia. Tales son tambien las verdades reveladas por Jesucristo sobre las relaciones entre el hombre y Dios. Los libres pensadores las aceptan, porque la razon las admite, sin tener la pretension de hacer de ellas una demostracion matemática. ¿Por ventura les daría más autoridad el hecho de una revelacion sobrenatural? Al contrario, sería la mejor manera de debilitar su influencia, porque lo sobrenatural debe probarse; y como la prueba no es posible, sucede que los hombres rechazan, con la pretendida revelacion, lo que hay de verdadero en la religion que se llama revelada.

Hemos invitado á los liberales á que confien á la Iglesia protestante la educacion religiosa de sus hijos. Si quisieran consagrar sólo un par de

(1) Goy. *l'Orthodoxie et le Liberalisme / Le Disciple de Jésus-Christ*, revue du protestantisme au dix-neuvième siècle, 1865, tomo 1, p. 498.

horas al estudio comparativo de un catecismo católico y de un catecismo protestante, no vacilarían en seguir nuestro consejo. Facilitémosles este trabajo, citando algunas líneas del *Manual de instruccion religiosa*, de Mr. Réville. ¿Qué es lo que más hiera y mortifica en el catolicismo? La pretension de una revelacion divina, la cual quita al hombre toda libertad y da á la Iglesia, órgano de la verdad revelada, una autoridad que no deja la menor independencia á los individuos ni á las naciones. ¿Quieren los liberales que eduquen á sus hijos en esos principios de esclavitud intelectual y política? Oigan por un momento al pastor de Rotterdam: "Una religion impuesta no es una religion, puesto que no reposa en el libre asentimiento de los que la profesan. Dón por excelencia de Dios, la religion pura debe salir, dirigida por el Espíritu divino, de las mismas entrañas de la humanidad. Esta es la razon por la cual, en su secular desenvolvimiento, la humanidad debe atravesar todas las fases del pensamiento religioso, desde el más infantil naturalismo hasta la verdad definitiva, término de sus aspiraciones," (1).

¿En qué sentido es el cristianismo la religion definitiva? Á los libres pensadores no les gusta esa palabra, porque ella les recuerda pretensiones de dominacion que les son soberanamente antipáticas. Pero que comparen lo que dice el catecismo romano con lo que Mr. Réville dice del cristianismo: "Su carácter de religion definitiva y pura se revela en que él es por sí mismo *espiritual, interior, moral, universal, susceptible de aplicaciones indefinidas* y de un desarrollo ilimitado sobre su base original." ¿Es una religion espiritual el catolicismo? ¿Cosa rara! La Iglesia romana ha reivindicado siempre el poder *espiritual*, y no hay religion que ménos respete el espíritu. En sus dogmas todo es misterio, es decir, enigmas que el espíritu no concibe, y en sus prácticas todo es supersticion: los sacramentos no obran sino por una especie de magia, sin el concurso del espíritu. El catecismo protestante dice que la religion espiritual es la que nos pone en comunicacion con Dios, espíritu puro. Esto sentado, queda desterrada toda idea de eficacia mágica, mecánica, irracional, y suprimidos los actos, las fórmulas y las absoluciones sacerdotales. ¿Cuál de los dos catecismos es el verdadero, con

(1) RÉVILLE, *Manuel d'Instruction religieuse*, p. 200.

arreglo al criterio del liberalismo? Á una religion interior que es, ante todas cosas, la religion del alma, del corazón y de la conciencia, ¿preferen los liberales una religion que consiste en amuletos, peregrinaciones, reliquias y milagros? ¿Cuál vale más para moralizar á la infancia y á la juventud, la que cifra una virtud sobrenatural en un pedazo de lienzo bendecido por el sacerdote, ó la que pide la pureza del corazón?

El catolicismo se jacta de su universalidad. Hasta hoy, esta jactancia no ha sido más que una pretension; y si la pretension ha permanecido en estado de utopia desde hace dos mil años, á pesar de heroicos esfuerzos, hay grandes probabilidades de que la Iglesia no gane en el porvenir lo que no pudo conquistar en el pasado, cuando la fe se hallaba en todo su fervor. ¿Por qué se detienen las conquistas del catolicismo? ¿Por qué se alejan de él los espíritus libres? Porque, en realidad, el catolicismo no es más que una secta, una secta judaica: para convertirse á él, es preciso creer hechos que pasaron hace dos mil años en Judea; es preciso creer que Dios concedió á un hombre imperio absoluto sobre todas las conciencias. La religion del porvenir será la religion universal, porque ella procede de la humanidad y se dirige al hombre, á todos los que participan de la naturaleza humana. Y será tambien la religion universal, porque santifica todos los actos de la vida humana, lo mismo la ciencia que el estudio de Dios; porque tiene igual respeto por la industria y el comercio que por la teología, lo cual no le impide hacer lo posible por purificar todas las esferas de la actividad, encaminándolas á un fin superior. Por último (y este es un punto muy importante para los libres pensadores), la religion del porvenir enarbola la bandera del progreso; es progresiva por esencia, sin dejar de ser cristiana. ¿No pronunció Jesús esta frase profunda, verdadera palabra de vida, porque ella debe inspirar nuestra vida hasta la eternidad: "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos? El cristianismo nos abre, pues, una ilimitada carrera de progreso. Puesto que el hombre debe elevar su alma hácia Dios en un progreso constante y sin término, es evidente que la religion es progresiva en su esencia. Ella no da nunca al hombre la verdad absoluta, esto es, toda la verdad, toda la santidad; pero basta con que, en todas las épocas de la humanidad, en

todas las edades del hombre, le enseñe el camino por el cual se llega al conocimiento de la verdad, y le imponga, como un deber, practicar la santidad, elevándose hácia Dios (1).

Si la religion es progresiva, si el cristianismo es esta religion de progreso, es evidente que la religion del siglo XIX no puede ser el cristianismo tradicional. ¿Cuáles serán entonces las nuevas creencias? Entramos aquí en un terreno poco favorable al protestantismo liberal, el cual no quiere dogma, y podríamos decir que, al parecer, no tiene creencias. Pero en realidad las tiene, sólo que las tiene en el estado de fe individual, fe que se extiende cada dia, sin que por ahora pueda afirmarse cuándo quedará el trabajo concluido. Cierto es que la religion es un sentimiento esencialmente individual; pero debe llegar á ser un lazo entre los hombres y los pueblos, lo cual supone una doctrina común. Mientras no hay fe formulada, no hay religion. Hé ahí por qué siempre que hablamos decimos religion del porvenir. Sin embargo, es un porvenir que comenzamos á entrever, como se ve la aurora precediendo los primeros rayos del sol. Las creencias futuras existen ya; ellas se forman por el trabajo interior de la conciencia, que no cesa jamas. Á nuestra vista se está produciendo un hecho notabilísimo, el cual es uno de los grandes signos de la época, á saber: que los hombres religiosos de todos los países se entienden sobre su fe, sin que pueda decirse que los unos tengan su religion de los otros. Más de una vez hemos experimentado la dicha de saber que muchos amigos desconocidos participan de nuestras convicciones. El número de los que piensan como nosotros sobre Dios, sobre el hombre, sobre nuestro destino, crece de dia en dia. Pronto llegará el acuerdo á ser general, y entonces bastará una voz poderosa para unir los elementos dispersos en un nuevo cuerpo. Cuando suene la hora, esa voz no dejará de elevarse del seno de la humanidad.

§ II.—Concepcion de Dios.

N.º 1.—*El deísmo.*

Los paganos acusaban á los cristianos de ser ateos, y los cristianos, desde el punto de vista del paganismo, lo eran realmente, puesto que rehu-

(1) RÉVILLE, *Manuel d'Instruction religieuse*, p. 204, 205.